

Hurakán, el corazón del cielo*

(Sinopsis)

La acción transcurre en Chichén Itzá, antes de la Conquista, pero después del descubrimiento de América, cuando ya existían establecimientos españoles en las islas del Mar Caribe y solía suceder —como en el caso de Jerónimo de Aguilar, intérprete de Cortés— que algunos náufragos de raza blanca arribaran a las costas de Yucatán.

En la Sala del Trono del Palacio Real, vemos al rey de Tulum, Estado vecino, rindiendo tributo a Itzacán (Serpiente Grande), rey de Chichén. Forman parte del tributo dos prisioneros españoles: un hombre como de 50 años y una niña de 7. El rey Itzacán, satisfecho, dispone que el varón sea sacrificado a los dioses y que la niña, vista su tierna edad, quede afecta a su servidumbre, bajo el cuidado de Navanché, su mayordomo, en cuya casa habrá de criarse y educarse hasta mayor edad. La niña es arrancada a duras penas de brazos de su padre.

Una serie de escenas nos sitúa, en seguida, en medio del antiguo ambiente maya, hilando leyendas y costumbres en torno de la naciente amistad de la niña española —Cabellos de Oro— y de un muchacho, hijo del mayordomo, llamado Lembá (Relámpago). Podemos ver cómo a él lo adiestran en el juego de pelota, la lucha y la caza, y cómo le enseñan a ella a moler el maíz, tejer mosaicos de pluma, etc. Tomando como pretexto cualquiera de estos pasajes, se puede intercalar el relato de alguna de las fantásticas tradiciones del *Popol-Vuh*, poniéndolo en labios de Acaníl (Gemido), mujer del mayordomo y madre de Lembá.

Esta secuencia cerrará con una visita que, a hurtadillas hace Cabellos de Oro a la casa de su amigo el Adivino, quien le muestra el cielo y le explica cómo se hace el cómputo del tiempo. La esfera celeste, vista a través del agujero, empieza a girar con rapidez, en señal de que el tiempo transcurre. La siguiente secuencia abrirá, por tanto, en la misma casa del Adivino, mostrando a éste ya anciano y a Cabellos de Oro de 20 años de edad. “Puedes irte tranquila —dice el Adivino— que el cielo protegerá a Lembá.”

Al salir, Cabellos de Oro se reúne con Lembá, fuerte mocetón de 25 años, notable guerrero ya, que la esperaba a la puerta. La amistad de la infancia se ha convertido en amor, pero el peligro acecha. Acaba de estallar la guerra entre Chichén y Tulum, y el ejército de Chichén, llevando a Lembá como jefe, habrá de partir el día siguiente. Los amantes se despiden con infinita ternura.

En el interior del templo, al siguiente día, en medio de coros y danzas y en presencia de todos los altos dignatarios, el gran sacerdote Kinyá consagra a Lembá y a los demás jefes del ejército, antes de partir. Cabellos de Oro y sus padres adoptivos, Navanché y Acaníl, presencian la escena desde un modesto lugar en el estrado. La joven llora. Junto al rey Itzacán está su hija, la bella princesa Zuyá. Dirigiéndose a su vieja nodriza, le dice, después de mirar con admiración a Lembá: “Es hermoso Lembá” y entrecierra los ojos como para adueñarse de la imagen que ve.

Terminada la ceremonia, el ejército desfila entre las aclamaciones de la multitud.

Una secuencia inmediata mostrará escenas de la guerra que los expertos se encargarán de reconstruir de acuerdo con la estrategia y los armamentos autóctonos. El objeto de esta secuencia es mostrar la destreza y la bravura del joven Lembá, quien finalmente resulta he-

* Texto localizado por Aurelio de los Reyes.

ruido en un combate singular y es retirado de la lucha por sus subalternos. Desde lejos, herido, ve retirarse en derrota al ejército contrario.

La convalecencia de Lembá, en su casa de Chichén, transcurre rápidamente. Cabellos de Oro lo ha atendido desde el primer momento con inagotable solicitud. En una de estas escenas después de curarle su herida, como Lembá está rendido de sueño y empieza a dormir en el regazo de Cabellos de Oro, ésta entona inconscientemente una canción de cuna española. “Una canción de los hombres blancos —le explica al darse cuenta— para adormecer a los niños... Mi padre me la enseñó... Nunca había podido acordarme de ella...”

Entretanto, en el Palacio Real, Itzacán y sus consejeros discuten la prosecución de la guerra contra el reino de Tulum. Desde el retiro de Lembá, los de Tulum han hecho sensibles progresos; pero, por fortuna, Lembá se encuentra ya en condiciones de salir nuevamente. El rey dispone que vaya un mensajero a traer a Lembá. La nodriza sorprende a Zuyá escuchando a escondidas lo que se dice en el Consejo, pero ella en vez de correrse, salta llena de alegría diciendo: “Va a venir Lembá, va a venir Lembá.” A continuación la vemos en su cámara privada, poniéndose sus mejores galas, con ayuda de su nodriza estupefacta, a quien abiertamente confiesa su amor a Lembá. De nuevo en la sala del Consejo Lembá recibe órdenes del rey para tomar otra vez el mando del ejército y aniquilar a las huestes de Tulum. Lembá pide al rey que le conceda la gracia de casarse con Cabellos de Oro —a quien declara amar— antes de su partida, ya que puede no regresar nunca. Zuyá escucha esta declaración desde su escondite y la promesa que hace el rey a Lembá de darle a Cabellos de Oro por esposa, sólo a condición de que regrese victorioso. Desesperada, Zuyá rasga sus vestiduras y se arranca sus alhajas.

En casa del gran sacerdote Kinyá —hechicero, adivino y autoridad teológica del pueblo— Zuyá le cuenta sus cuitas. Kinyá no ve con simpatía la unión de Lembá con Cabellos de Oro, por no ser ésta de su raza, y en cambio percibe con claridad las ventajas políticas que traería consigo el desposar al caudillo con la princesa. “Este es el designio del corazón del cielo —dice— y así ha de ser.” Muy pronto, según Kinyá, habrá de presentarse una coyuntura propicia. Tomando a Zuyá por una mano, la conduce al exterior y le muestra un sol ardiente, un cielo sin aire, reverberando sobre el campo reseco: “¿Ves? La sequía... tal vez la peste...”

En efecto, la sequía se desarrolla con violencia inusitada y la enfermedad hace presa de los habitantes de Chichén que en su desesperación acuden al rey y al sacerdote Kinyá. Éste anuncia que ha escrutado el corazón del cielo y que los dioses desean que Cabellos de Oro les sea sacrificada, arrojándola al cenote sagrado. El rey se resiste. Incapaz de tomar por sí mismo una determinación que tanto le afectaría, convoca al pueblo y le pide que sea él quien resuelva entre la demanda del sacerdote y la palabra real que él, Itzacán, empeñó al valeroso Lembá. El pueblo ama a Cabellos de Oro, es “La florecita blanca de Chichén”, su niña mimada; pero la peste hace estragos, hombres y animales perecen y el hambre se ensaña de la población... Sin atreverse tampoco a decidir, la gente acude suplicante a Cabellos de Oro, profundamente impresionada, alza los ojos a los padres de Lembá en busca de protección, pero éstos mismos le piden que consienta... No puede más... En un rapto supremo en que su antigua fe católica se funde extrañamente con la fe de su pueblo, acepta ofrecerse al corazón del cielo.

Una última serie de escenas nos muestra a Cabellos de Oro en el momento de ser ataviada para el sacrificio, la procesión al cenote en medio de cantos y danzas, y los ritos del sacrificio hasta poco antes de su consumación. Simultáneamente vemos a Lembá avanzar por un camino, hacia Chichén, seguido por su escolta de jefes principales. Llega así, entre la multitud, hasta el cenote, gritando jubiloso: “¡Victoria! ¡Victoria!”, pero al ver la situación de Cabellos de Oro, la mirada conmovida del rey, la angustia de sus padres y la miseria y la peste en torno, comprende lo acontecido durante su ausencia y se limita a preguntar: “¿Es necesario?” Todos asienten con lágrimas en los ojos, excepto Zuyá y el gran sacerdote, en cuyos labios aparece una enigmática sonrisa. Entonces Lembá se dirige a Cabellos de Oro, en el borde mismo del cenote, y tomándola suavemente por la cintura, se arroja al fondo con ella.

Un relámpago cruza el cielo; se oye el trueno cercano y el huracán se desata sobre la población en señal de que era este desposorio el que estaba en el designio de los dioses. ◇